

POESÍAS
DE LOPE DE VEGA.

LA CIRCE,

POEMA,

CANTO I.

*Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde
le refiere su peregrinacion, y lo que le sucedió
con los Lestrigones y Lotófagos.*

Tu que del sacro artífice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro,
En variedad de formas excediste,
De la excelencia del Castalio coro
La humilde musa de mis versos viste:
Harás que las corrientes del Leteo
Presuman otra vez que canta Orfeo.

Tú que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa,
Y en su argentado cóncavo la luna,

Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna
En el Tirreno mar, con nueva forma
En Platónico cisne me transforma.

Vos, única excepcion de la fortuna,
Que no suele premiar merecimientos,
Ilustrísimo Conde (*), á quien ninguna
Pudo aumentar mas altos pensamientos:
Vos ya del sol resplandeciente luna,
Que con su misma luz los elementos
Bañais de claridad y de alegría,
Entre dos mundos dividiendo el dia:

Si vuestro padre honró en Italia á España,
Y en España la sangre, que en Sevilla
Por tan alto valor, por tanta hazaña
Dió Reyes generosos á Castilla:
¿Que pluma os sirve? ¿Que lisonja engaña?
Pues en lugar tan alto maravilla
Que hablando en vos, aunque artíficio sea,
La verdad á la pluma lisonjea.

Para satisfacer á vuestro claro
Ingenio, excelso Principe, debiera
Daros elogios, que de mármol Paro
Y oro inmortal la eternidad vistiera.
Las letras, de quien hoy divino amparo,

(* Habla con el Conde Duque de Olivares.

Por las que vos teneis, os considera
España, á vuestra sombra de honor llenas,
Crecen, y os llaman inclito Mecénas.

Así veneracion en la florida
Aurora de la edad vuestra dichosa
Os dió por tanto lustre agradecida
Del Tórmes la Academia generosa :
Y así de vuestra gloria enriquecida,
En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa
Os dá la proteccion que tuvo solo,
Como á sacra deidad, el mismo Apolo.

Oid pues, generoso descendiente
De aquel heroyco Pedro y claro Henrique,
A quien Sidonia coronó la frente,
Sin que en la vuestra novedad implique ;
Oid de Ulises la virtud prudente,
Por mas que Circe venenosa aplique
La confeccion de su hermosura y gracia,
Veneno igual al Músico de Tracia

Ya la discordia por muger nacida
De la hermosura fácil y el desseo,
En sangre, en fuego, y en furor teñida,
Y esparcido el cabello Meduseo.
De la llama fatal de la encendida
Mísera Troya, en hombros de Apogeo,
Vestida de una nube polvorosa
Miraba la tragedia lastimosa.

Y₃

Ya caminaba fugitivo Eneas,
Incrédulo á la flecha de Laocontes,
Con los Penates y las sacras Deas,
Que trasladó por varios horizontes :
Coronado de mimbres y de neas
El Tibre levantaba á siete montes
La florida cerviz, y el orbe Hesperio,
Nido á las aves del Romano Imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles
Sus muertos hijos trémula buscaba :
Por otra parte la crueldad de Aquiles
Con triste voz Andrómaca lloraba :
Con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peynaba
De su difunto esposo, y de oro y nieve
Labraba su dolor sepulcro breve.

Páris traydor con flecha rigurosa,
A su venganza bárbaro trofeo,
Sobre las aras de la fe piadosa
Dexaba muerto al hijo de Peleo :
En el jazmin y la purpúrea rosa,
Y en la flor que nació de su desseo,
Por su amado Memnon perlas llovía
La mensajera del luciente dia.

Como de polvo tronador al vuelo
Cayó perdiz sobre la yerba, y como
Tórtola blanca desde el nido al suelo,
Herida de los átomos de plomo :

Tomo II,

32

Entre los pechos de nevado yelo
Descubre apenas el dorado pomo
De la daga de Pirro, Polixéna
En roxas aras víctima azucena.

Arcos, teatros, cúpulas, columnas,
Palacios, templos, muros, puertas, baños,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años:
Fábricas á las nubes importunas,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
Así dexa de ser quanto es y ha sido.

Troya desierta al fin, Troya abrasada,
Fénix que en plumas reservó la vida
Por los engaños de Sinon vengada,
La fama infame del famoso Atrida:
Prudente Ulises con su Argiva armada
Por el azul tridente conducida,
Surgió en la Isla Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno airado.

El Rey allí de los discordes vientos
En una piel de buey los prende y ata
A la obediencia de su imperio atentos
Con hilo sutilísimo de plata:
Furioso en la prisión, sus movimientos
El Aquilón Septentrional desata,
El Abrego, de xand el Mediodía,
Romper la cárcel rápido porfia.

El hijo del Aurora, que valiente
La línea Equinoccial Levante llama,
Y el que purpúreo el mar vuelve en su Oriente,
Aura fértil de Abril, del árbol rama:
Los rumbos deiceis con torva frente
Murmuran presos que perdieron fama,
Por no ser cárcel de Leon sangriento,
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo solo con las velas juega,
De las flores anhelito amoroso,
Céfiro blando: Ulises luego entrega
El pardo lino al soplo vagoroso:
Mas quando el mar pacífico navega,
Y olvido de sus hados perzoso
Sueño le infunde, en que sus penas venza,
Nuevas desdichas Némesis comienza.

Dormia Ulises (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio,
Por los cables y bordes arrimados:
El griego Laomedon del Reyno Iberio,
Mostrando los venenos heredados
De Colchós, en que fué su nacimiento,
Con estas quejas dió silencio al viento.

¿Habeis visto, soldados valerosos,
La hinchada piel que Ulises lleva oculta,
Sin apartar los ojos cuidadosos,
De que tan justa presuncion resulta?
¿Los que valientes siempre y animosos

Halló para trabajos, dificulta
Para guardar secretos? Mal responde
A nuestro amor, quien lo que lleva, esconde.

Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio.
Nosotros conducidos por nobleza,
Que no por tan inútil estipendio,
Para comprar el dárdano tesoro
Dimos la sangre, que ha trocado al oro.

Bastaba á un capitán la dulce gloria
De haber vencido; que á ningún soldado
Atribuyó la fama la victoria,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Quando se escriba la Troyana historia,
Será el prudente Ulises celebrado;
Vosotros no, si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.

Vosotros al rigor del yelo frio,
Ya en la campaña con la escarcha al yelo,
Ya en la embreada tabla de un navio,
Sin tierra el cuerpo, y por cubierta el cielo:
Vosotros en la fuerza del estio
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,
Sufriendo los Troyanos esquadrones;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.

Creedme que esta piel toda es diamantes,
Egipto buey con las entrañas de oro,

Abrilde y lo veréis, ó Griegos, ántes
Que, si despierta, le guardéis decoro:
Rompelde, pues hay causas tan bastantes,
Aunque fuera este buey de Europa el Toro,
Que no es justo, si cumple lo que debe,
Que á Grecia el oro y honor se lleve..

Entónces los soldados presumiendo,
Que llevaba en la piel (¡que injusto pago,
La ambicion al respeto preferiendo!)
El oro y joyas del Troyano estrago;
Mientras estaba el capitán durmiendo,
Rompen la piel, y por el ayre vago
Salen los vientos, porque coge vientos
Quien siembra codiciosos pensamientos.

No de otra suerte, si de noche el fuego
La materia veloz dispuesta enciende,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta, la ventana emprende.
Que aqueste arroja aquel, y el otro luego
Entre las mismas llamas le defiende,
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
Inexórable al elemento cauc.

Pues apenas salieron, quando embisten
Con las seguras naves y soldados;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdicion miran turbados.
Los que á la aguja y al timon asisten,
La vitácora dexan desmayados,

32**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 BOSTON, U.S.A.

Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las xarcias y á las velas.

El campo undoso, como fácil boya,
Nadan entre la rota obencadura
Las vanderas, que ya terror de Troya.
Dos lustros respetó la mar segura.
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el Griego, y la rompida amura:
Mas cayendo y culpando el vil tesoro
En espumosas ondas bebe el oro.

Como suele dormido en verde prado.
Abrir pobre pastor á los halidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oídos,
Y al intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos aullidos
No sabe á qual emprenda, y mira atento.
Iguales la venganza y el sustento:

Así despierta Ulises, y esparcidas
Mira las naves del Corinto Egeo,
Que con velas y flámulas tendidas
Despreciaban el golfo de Nereo:
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar Tirreno, al monte.
Opuesta, donde en hierro y bronce duro.
Estéroe feroz, desnudo Bronte,

Defensas labran al celeste muro:
Aquí el ardiente padre de Factonte
A Circe truxo en plastro mas seguro.
Si el agua del Eridano que inflama,
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al Rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso:
Y el sol con, ser tan claro á Circe encubre;
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, mil delitos cubre:
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad las hace oscuras.

No le recibe en nítido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Nueva. Eclíptica forma, nuevo espacio
Entre los peces, de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del Rey Sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo:
Temióle con razon, porque sucede
Odio al amor, quando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,
Del linage del sol hazeza indina:
Un monte que pirámide elevado.
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido
 Ocupa de la isla tanta parte,
 Que de pequeñas márgenes ceñido
 Darle no pudo habitacion el arte :
 Circe en su centro, ya de fieras nido,
 Sus palacios esplendidos reparte,
 Que por la natural arquitectura
 Fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al Indiano
 Marfil en lustre vencen, oro esmalta
 La insigne puerta Dórica, y de plano
 Perfil el claro pedestal resalta :
 Quanto permite el arte en diestra mano,
 En él levantan proporecion tan alta
 Dos columnas de jaspe de Corinto,
 De bronce y oro el capitel y el plinto.

Aquí llegó perdido y derrotado
 El Capitan de Grecia tristemente,
 Su leño solo en tantos reservado,
 Que poblaron el húmido tridente :
 Alzó los ojos al peñasco helado
 Que en pardas nubes escondió la frente :
 Que la sombra del mar por gran distancia
 Obligaba á mirar tanta arrogancia.

Y como mas al monte al vespertino
 Crepúsculo la sombra dilatava,
 Por ella Ulises á la margen vino,
 Donde la puerta habitacion mostraba :
 Y señalando fácil el camino

Que el arena entre céspedes formaba,
 A Euriloco mandó, sabio y valiente,
 Que el verde monte penetrar intente.

Apénas con sus Griegos compañeros
 Selectos de los otros desembarca,
 Quando cercado de animales fieros
 Temió el rigor de la vecina Parca :
 Pero al sacar los fúlgidos aceros
 Viendo en las olas fluctuar la barca,
 Los que temió llegar armados de ira,
 Postrados á sus pies humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas
 De Circe lisongeras los reciben,
 Y á los valientes Griegos inclinadas,
 Los brazos, no las almas aperciben :
 De la fingida risa acreditadas
 Les muestran los palacios donde viven,
 Asegurando que su Reyna bella
 Es Vénus de aquel mar, del sol estrella.

Su gente anima Euriloco engañado
 A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
 Que á quien grandes desdichas ha pasado,
 La esperanza del bien le engaña presto.
 Hallan los Griegos en un alto estrado
 De alfombras ricas de Zeylan compuesta
 La bella Circe con Real decoro,
 Quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,
 Con los vestidos varios en colores,

Suplicíran en las noches mas oscuras
De la corona Austral los resplandores.
Lágrimas densas del aurora en puras
Conechas del mar abiertas, como en flores,
Pendían por los hilos de oro al suelo,
Hurtando lustre al sol, cristal al yelo.

Circe de Regia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfeccion unida,
Admirando los Griegos circunstantes.
La madeja bellissima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes:
Preciandose de ser mayor tesoro
No permitia distincion al oro.

Eran los ojos esmeraldas vivas,
Qual no las vió jamas el Gange Indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleyte humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apénas el dorado grano
Las hijas de los pies de Vénus bella,
Como resplandeció púrpura en ella.

Sucediendo al marfil tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubria
El nácar que en clavel condensa el yelo,

Si se atreve la frígida mañana
Tal vez con perlas á bordar su grana.

Bruñida al torno la coluna hermosa
Este edificio cándido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrado:
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espíritu habitado,
El principio y origen de la vida,
Perdió tener la estimacion debida.

¡O quantas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
O por tener el corazón fingido,
O por manifestar bárbara el alma!
Blandura celestial, perdon te pido,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenias
Fenix de las humanas gerarquias.

Euriloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice: O Reyna, ó sol resplandeciente,
Deste palacio esférico dorado:
El Griego Ulises, Capitan valiente,
Reliquia del heroyco y desdichado
Exército, por quien yace en la arena
Troya con París robador de Elena,

Llega á tu monte en una nave solo,
Despues de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo

Tantos diversos mares, tantos cielos :
 Así los rayos de tu padre Apolo
 Adore Delfos, y respete Delos,
 Que de su error, que de su mal te duelas
 Que ni armas tiene ya, xarcias, ni velas.

Ampara un Rey que en Itaca y Zaquinto
 Tuvo tan alto imperio, porque vuelva
 Al mar de Grecia deste mar distinto,
 Antes que el fiero Borcas le revuelva :
 Dexó por el undoso laberinto
 De Griegas naves una blanca selva ;
 Duelete de sus hijos y su esposa
 Años ausente, poca edad, y hermosa.

Aun él no sabe que su ilustre casa
 Ocupan hoy villanos pretendientes,
 Cuya libre afición su hacienda abrasa,
 Que á todo están sujetos los ausentes :
 Ignora como dueño lo que pasa,
 Y sabe los ajenos accidentes :
 Que esta es la causa, porque muchos vienen
 A hablar en faltas que ellos mismos tienen.

No porque no es Penélope tan casta
 Como la fama de sus obras muestra ;
 Mas la porfía que los montes gasta,
 Mejor podrá la resistencia nuestra :
 Que para exemplo de recelos hasta
 Traydor Egisto, ingrata Clitemnestra :
 Que ni la nieve al sol está segura,
 Ni en ausencia del dueño la hermosura.

Diez

Diez veces nuestra Argólica milicia
 Sobre Troya miró flechando á Croto,
 Y otras tantas el toro de Fenicia
 Pacer estrellas al celeste soto.
 Finalmente venció nuestra justicia,
 El alto muro de Dardania roto,
 Cayendo, como tiene de costumbre
 Toda gloria mortal, que vió su cumbre.

Cobramos, Reyna, la robada Elena,
 No porque ya cubriese el roxo labio
 Cándidas perlas, ó por ser tan buena,
 Que nos moviese á deshacer su agravio :
 Que nunca la muger, que ha sido agena,
 Venera el amador, ni estima el sabio :
 Que aun en los brazos el agravio suele
 Hacer que el fuego del amor se yle.

Venganza fué, que quando el fin alcanza,
 No hay hombre que contento la posea,
 Que es condicion de la mortal venganza,
 Que no sin daño de los dueños sea :
 Tanto, que se ha perdido la esperanza
 De que ninguno de nosotros vea
 Su casa, esposa y hijos, convertidos
 En peces por las aguas sumergidos.

Castigo fué tambien en parte alguna
 De haber entrado los Troyanos muros
 Con invencion tan alta, que la luna
 Temió su sombra en sus cristales puros.
 Estaban del rigor de su fortuna

Tomo II,

33

Los engañados Dárdanos seguros,
Que aun el honor para el ageno daño
No quiere la venganza en el engaño.

Fingió partirse nuestra Griega armada,
Y en unas Islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretexida,
Que las naves le diéron troncos rudos,
Y ella vistió sus árboles desnudos.

Con esto los Troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompía,
Andaban por la playa discurriendo
Que aun despojos inútiles tenía.
Quantos miras aquí de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel día,
Ocupamos el vientre, en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.

Mal defendida la ciudad, su gente
(Como salió del sueño la defensa)
Mas llora, que plea, y tristemente
Hallar piedad entre los Dioses piensa:
De Aquiles Pirro imitacion valiente,
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.

La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mano,

Sin respetar su edad, con golpe horrenda
La cabeza cortó del Rey Troyano,
Sobre la sangre misera cayendo
Del triste hijo, que defiende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quiso ayudar á quien le dió la vida.

Estas crueldades y otras, que tuvieron
Entónces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fueron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna diéron
Los cielos la firmeza en la mudanza;
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.

Fundó por nuestro mal con Febo ardiente
Neptuno, Rey del mar, los muros Frigios,
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya lagos Estigios.
Escucha tú de Ulises eloquente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.

El te dirá como los dos Atridas
En la Isla de Tenedos surgiéron:
Y como las esquadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguiéron:
Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos Dioses, que las viéron,

Las contáron á Palas, y ella á Ulises,
Y aun al Troyano sucesor de Anquises.

El roxo Menelao con ser discreto,
Volvió á su casa la traydora Elena:
¡Que necio amor, si fué de amor efeto!
Pero lloró muger, cantó sirena.
Callar un hombre el deshonor secreto,
No por todos los sabios se condena;
Pero el público agravio es tanta culpa,
Que aun no puede el amor darle disculpa.

¡O nunca de Nestor se dividiera
Con ménos amistad, que atrevimiento!
Que ya los puertos de sus Islas viera,
Y gozara á Penélope contento.
¿Quién vió tanto blason, tanta bandera,
Tanta lengua de bronce hablando al viento,
Tantos árboles mas que Egipcias piras,
Que imaginara las celestes iras?

Dimos velas al viento sonoroso,
Hinchada pompa de las lonas pardas;
Las flámulas pintadas el undoso
Piclago peynan libres y gallardas:
Las naves con el céfiro amoroso
Juzgan las alas de los remos tardas,
Y como cisnes la nevada pluma,
Desatando cristal, cortan espuma.

Mas luego un uracan, y travesta,
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo,
Las acomete al espirar del día,

Que midiéron el cielo y el profundo:
La Isla Eolia tenebrosa y fria,
Cárcel del ayre, que sustenta el mundo,
Casi en el fuego y cerca de la luna,
Nos recibió para mayor fortuna.

Cisne mostrando sentimiento y pena
De ver que el Griego Euriloco lloraba
Bañó la pura rosa y azucena
Con perlas, que á dos soles destilaba:
Maldice á Troya, llama infame á Elena,
Por quien sin culpa el mar peregrinaba
Tan fuerte Capitan, casado, ausente,
Sujeto á todo fácil accidente.

Fingiendo en fin el pecho enternecido,
Los manda regalar: las mesas ponen,
Veneno en los manjares esparcido,
Que de yerbas venéficas componen:
Lós cuidados, las armas y el vestido
Los soldados famélicos deponen:
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,
Hasta que al sueño la memoria rindan.

Euriloco discreto, como suele
El que mira pasar otro delante,
Y quando de su ciego error se duele,
Retira el pie que le afirmó constante,
Mas quiere que la hambre le desvele,
Y que el duro cansancio le quebrante,
Que no verse despues tal, que no pueda
Volver, con vida donde Ulises queda.

No bien sobre las mesas se caían
 Los Griegos, ya de Baco satisfechos,
 Quando de hirsutas pieles se vestían
 Las cervices, las manos y los pechos:
 Los unos elefantes parecían,
 Los otros ya rinocerontes hechos,
 Qual, tigre que engendró Scítica Hircania,
 Y qual, león de la Oriental Albania.

Mover quería Ericto la turbada
 Lengua: quando cubrio flexible trompa
 La hozca descompuesta, y con la armada
 Frente Elpenor no hay árbol que no rompa:
 Dulcino fué á tomar su fuerte espada,
 Antes que transformándose interrompa
 El racional distinto encanto fiero,
 Y con las uñas derribó el acero.

Quejarse quiso con acento humano
 De tal crueldad el joven Antidoro,
 De Ulises Almirante en el mar cano,
 Cuyos labios cercaban hilos de oro:
 Mas con mugido fiero y inhumano
 La rigida cerviz de airado toro
 Mostró feroz, y en una clara fuente
 Se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que bañándose Diana
 Fugitivo miró las ramas nuevas
 En la plata del baño mas cercana
 El transformado Príncipe de Tebas,

Queriendo articular la voz humana
 Peneo vió, ¡que horror! ¡Que injustas pruebas!
 Las armas de la infamia, á que se obliga
 Quien por buscar muger halló enemiga.

No ménos tú, beligeró Atamante,
 A quien dió nacimiento la Morea,
 Critico de las Musas arrogante,
 Viste tu hermosa forma en la mas fea:
 Al animal mas rudo semejante
 Circe permite que tu imágen sea,
 Quedándote en aplauso vil plebeyo,
 No el alma, la corteza de Apuleyo.

En un dragon alado se transforma
 Alcídamente, bárbaro poeta,
 Sin agradarse Palas de su forma:
 Que era Palas científica y discreta.
 Un caballo feroz Teandro informa
 Que ni á espuela, ni á freno se sujeta;
 Al extremo del monte alarga el paso;
 Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda
 De Grecia si era Heráclito) Penteo,
 En ximio, ó cercopiteco se muda,
 Gracioso en gesto y en acciones feo.
 Euriloco pidiendo al cielo ayuda,
 Sale del monte al campo de Nereo,
 Y embarcado agradece á su templanza,
 Que le libró de tan cruel mudanza

Enternecido el hijo de Anticlea,
 Las manos alza á Júpiter divino:
 Lloro de ver que tantos años sea
 De Tétis naufragante peregrino:
 Que no llegue á la tierra que desea,
 Y que le niegue el vasto mar camino,
 Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
 Al clima adusto, al frigido y templado.

En esta confusion, en este asombro,
 A la tierra baxó la noche helada,
 El manto desprendiéndose del hombro,
 Y la cara de nubes rebozada:
 ¡Ay! dixo, ó gran Mercurio, pues te nombro,
 En toda accion mirándome inclinada
 De trino tu retórica influencia,
 Por quien mi patria alaba mi eloquencia:

Dame remedio en tanta desventura,
 No permitas que dexé los soldados
 Que perdonó la mar, en la figura
 De animales tan fieros transformados:
 Mejor será que tengan sepultura
 Con los demas Argivos desdichados,
 Que no que el alma en tal fiera oculten,
 Que alzar el rostro al cielo dificulten.

Enseña la moral Filosofía,
 Que el hombre que jamas del baxo suelo
 Al cielo levantó la fantasía,
 Viviendo en pie para mirar al cielo,
 Es fiera, que la Libia ardiente cria

En su arena abrasada, ó en su yelo
 Seitia feroz, sin que en su bien redunde
 El alma racional, que Dios le infunde.

Abriendo entónces con dorada llave
 El gran nieto de Atlante, el Argicida,
 La puerta celestial, tres veces ave,
 En nube de oro y resplandor vestida,
 Sobre la gavia esclareció la nave,
 Qual suele exhalacion, quando encendida
 Despues de tempestad serena el cielo,
 Y retrató su luz el mar en yelo.

Y sacudiendo con la diestra mano
 El dragon duplicado al caduceo,
 Con tierno afecto, con acento humano,
 Así fué de la mar celeste Orfeo:
 Gran hijo de Laertes, que el Troyano
 Incendio priva, que del patrio Egeo
 Los puertos goces: tanto Vénus llora
 Su ciudad en los ojos del Aurora:

No temas el rigor de los encantos
 De la hija del sol, ni el ver tus Griegos
 En varias formas de animales tantos
 Por los montes indómitos y ciegos:
 Toma esta yerba, que los cielos santos
 Penetráron tus lágrimas y ruegos,
 Que con ella podrás vencer la fiera,
 Diomédes de esta bárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano adoro,
 Dulce monstruo de amor, parto de espumas,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No es licito al valor de mi decoro,
 Que en tu favor ingratitud presumas,
 Dixo, y alzando los coturnos de oro,
 Resplandecieron las talares plumas,
 Y la senda de luz al movimiento
 Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raiz redonda
 Negra en color, de flor vistosa y blanca:
 No hay veneno que della no se esconda,
 Pero con gran dificultad se arranca.
 Circe espera, que Ulises le responda:
 La casa ofrece liberal y franca,
 Y de su amor en viéndole segura
 Previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
 Pendientes mil diamantes, y la cara
 Al fingido jazmin fácil dispone
 Agua confectionada entónces clara:
 Despues de pura rosa la compone
 Densa en el medio, en los extremos rara,
 Y las cejas en arco á los despojos
 Previene con las flechas de los ojos.

Como en hibierno suele añadir nieve
 El delayte mortal al agua fria,
 A la blancura, que á los cielos debe,
 Circe añadir la artificial porfia.
 A la garganta cándida se atreve,
 Que los dientes lustrosos desafia
 Del mas sabido animal, y de azucena,
 Teniéndola tan propia, viste agena.

Hacen lo mismo con igual deseo
 Y ilustre adorno sus hermosas damas:
 El ámbar vuelve el ayre prado Hibleo
 Con fácil nube en olorosas llamas.
 Prevenidas al jóven Anticleo
 Las telas de oro, y las bordadas camas,
 Y á vueltas el veneno, da licencia
 Que venga con su gente á su presencia.

Ulises dexá al mar las blancas velas,
 Y mas fingido que de Europa el toro,
 La yerba prevenida á las cautelas,
 A tierra sale con Real decoro:
 Sobre dos toneletes, ó escarcelas
 Cota de tela azul y escamias de oro,
 Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
 Y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahali, que tachonaban
 Ricos topacios y diamantes finos,
 Que la celeste eclipticá imitaban,
 Senda del sol por sus dorados signos:
 Su venerable aspecto acompañaban
 Los Griegos mas famosos y mas dignos,
 Euriloco, Auriflor, Polidamante,
 Filemo, Palamédés y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos
 De hallar en Circe prospera ventura,
 Que no hay para sentir males agenos
 Fé firme, limpio amor, lealtad segura:
 Circe aumentando lacer y venenos,

Y juntando al engaño la hermosa,
Sale á la puerta, y con fingidos lazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si fácil de la vista el Griego
Le entrega el pecho que conquista en vano:
Discreto Ulises con mayor sosiego
Defiende el alma del primer tirano.
¡Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en áspides de nieve!

Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas,
Aumentando los ámbares y galas
Lascivo resplandor en sus estrellas:
Tiernos Cupidos las purpúreas alas
En torno mueven, y derriban dellas,
Las flechas encendidas sin efeto:
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosa,
Quiere que el sueño honesto le desvele
De los famosos quadros la pintura:
Mira la madre del amor que impele
Corriendo el ayre, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.

Adónis rio ya, que al mar Fenicio
De las faldas del Libano descende,

Diestramente

Diestramente pintado, al ejercicio
Del campo, no á la Diosa, libre atiende:
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los zelos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.

En otra parte el baño de Diana
Desnudas le mostró Ninfas tan bellas,
Que el Indiano marfil, la Tiria gyana
No presumieron competir con ellas:
Vestido blanca pluma, risa y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosa,
Pero con mas efecto la pintura.

Valiente quadro, abriéndose los cielos
La lluvia de oro espléndida enseñaba,
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba:
Enfrente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba:
Todo lo mira el Griego, mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con ménos gravedad hacen esfera
A los rayos que miran eclipsados:
No templa á todos rígida y severa
La virtud de Caton, que están templados

Tomo II,

34

En las leyes comunes; y estos tales
 Convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el Griego, y le tenía
 Circe la mano diestra, mas la hermost
 Presencia que miraba, suspendía
 La fuerza de la vara venenosa:
 El encanto á los ojos remitía
 Arsénico mortal, flecha amorosa.
 Indecisa se vió la Esfinge, ó Lamia;
 Que hechizos, si hay belleza, son infamia:

Pero viendo que el hijo de Laertes
 No la miraba tierno, con la vara,
 Que dió tan fiera causa á tantas muertes,
 Vencerle quiso, y al tocarle para.
 El Griego entónces con las manos fuertes
 El golpe venenífero repára,
 Y sacando la espada, ardiente rayo,
 Cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde,
 (Que hay ánimo tambien que es cobardía)
 Le ruega que la escuche y que la aguarde,
 Y el acero con lágrimas desvia:
 De sus ritegos al fin vencido tarde,
 Como en la yerba mercurial confía,
 Paró el rigor: que nunca fué sangriento;
 El hombre de sutil entendimiento.

Circe promete al cielo, y interpone
 La autoridad de su Milesio hermano,

No hacerle agravio, y en la statua pone
 De Júpiter Olímpico la mano.
 Con esto mereció que la perdona,
 Y que la mire con semblante humano:
 Y luego amor en dulces amistades
 Con los brazos juntó las voluntades.

Sucede en esto con aplauso y fiesta
 La artificiosa luz á la del día,
 Porque la noche tímida intempesta
 Con la sombra del monte el mar cubria.
 La mesa y cena espléndida se apresta,
 Y entre tanto á la forma en que vivia,
 Vuelve todo soldado, y las crueles
 Armas desnudan con las duras pieles.

Qual suele el que salió de algun cuidado,
 En que su loco error le tuvo asido,
 Contento, libre, alegre y admirado,
 Cobrar nueva razon, nuevo sentido;
 Desnudo de animal todo soldado
 Está con los amigos divertido:
 Danse estrechos abrazos, y en la mesa
 La memoria del mal trágica cesa.

Ya Baco enciende á Vénus, ya los vasos
 En los aparadores altos suenan,
 Ya los siervos, los platos y los pasos
 De las salas los cóncavos atruenan:
 Refieren los alegres tristes casos;
 Unos dicen amores, y otros cenan;

Quales mirando están tantos tesoros,
Quales oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe á Ulises sin recato,
Quien tierno mira, blandamente ruega:
Ya no responde el Capitán ingrato,
Que mas concede quien de presto niega:
Y puesto fin al opulento plato,
Con altas voces á la usanza Griega
Himnos al alto Júpiter ensalzan,
Agua previenen, y las mesas alzan.

En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las honestas damas:
Ellas mirando la hermosura aumentan,
Y ellos de amor las encendidas llamas:
Con privacion los Griegos se contentan,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,
Llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo,
Y en el collar del Can resplandecia
La estrella mas vecina á nuestro polo,
Que airada entónces abrasaba el dia:
Quando el astuto, en las desdichas solo,
Vencido del amor y la porfia
De Circe, que no hay cosa que no venza,
Así su historia trágica comienza.

Despues de haber Agamenon vengado
La infame afrenta del tirano fiero,

No sé qual Dios con nuestra gente airado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas, que quantos fuéron, desdichado,
A la conquista, aunque al honor primero,
Tales tormentas padeci, que admiro
Como en articulada voz respiro.

Contarte por extenso mis historias
Seria loco error, Circe divina,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de ua alma peregrina:
Que como alegran las pasadas glorias,
A que el gusto mortal fácil se inclina,
Le mueven á dolor penas presentes,
Que se han de referir, estando ausentes.

Entre otras desventuras con mis naves
Y dulces compañeros llegué un dia
A Lestrigonia, que entra peñas graves
Del mar de Italia su defensa fia.
Aquí gente cruel, si no lo sabes,
Bárbara en todo, aunque con Rey, vivia,
Gigantes de estatura y de fiereza,
Que dellos se admiró naturaleza.

Antifátes su Príncipe, excediendo
La gran proceridad del Centimano,
Era de aspecto furibundo, horrendo,
Fuera del natural límite humano:
La hirsuta barba y el cabello haciendo
Feroz el rostro, entré vermejo y cano,

3/**
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920. 1421 - BONTERRET, MEXICO

Daban temor, á quien formaban brazos,
Dos ramas de laurel como dos brazos.

De marítimas conchas guarnecido
Vestía un peto y espaldar, trabadas
Con firmes puntas de metal bruñido,
De los rinocerontes imitadas:
Desnudo el brazo, á la mitad vestido,
Las piernas de coturnos enlazadas
De correas de tigres y leones,
Tachonadas de evillas y botones.

Por arma desigual un fuerte pino,
De sus menudas hojas despojado,
Que parece que el monte le previno
Por una verde línea dilatado.
Yo triste y derrotado peregrino
Pacífico llegué como engañado:
Dos soldados prevengo á la embaxada,
Con dos paveses y una antigua espada.

Parten Cinto y Ladon con el presente,
Pidiéndole licencia un nuevo Acates,
Para que tome tierra nuestra gente.
Con los primeros de la mar embates:
Pero apenas la voz del Griego siente,
Quando el gigante bárbaro Antifates
Dexa caer el pino, en quien impreso
Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.

Apénas le miró, que palpitando
Estaba en el arena, quando asiendo

De un brazo el cuerpo, se le fué arrancando,
Y con estruendo horrisono comiendo:
La sangre de la boca destilando,
Por la cerdosa barba discurriendo
Entre cañentes linos y pedazos,
Le bañaba los pechos y los brazos.

Suenan los cartiláginas, y suenan
Los huesos con horribles estallidos,
Como en el fuego la montaña atruenan
Los ramos nuevamente divididos.
Viendo Ladon que bárbaros condenan
La ley de Embaxador en los rendidos,
Antes que como á Cinto se la quite,
La vida al vuelo de los pies remite.

Qual suele el Irlandes perro animoso,
Dividiendo las ondas que no bebe,
Formar en ellas círculo espumoso,
Mansas cristal, y removidas nieve;
Se arroja al agua el joven temeroso,
Y en el cabello y ropa las embebe:
Aborda, darle un cabo, y en la popa
Sacude ántes de hablar cabeza y ropa.

Pero apénas refiere la fortuna
Del misero Ladon, quando feroces
Cercan la márgen sin defensa alguna,
Con armas, que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
Quando vimos los bárbaros atroces,
Anades por las cañas escondidas,
Del Aguila voraz librar las vidas;

Como nosotros, vicado la fiereza,
 Con que nos acometen los gigantes,
 Arrojándonos peñas de grandeza
 No vista de los montes circunstantes.
 Levó la amarra, con igual presteza
 Las alas de los árboles volantes
 Al ayre entrego, haciendo que las hayas
 Azotando la mar dexen las playas.

Mas ellos en mis Griegos compañeros,
 Cercando quanto mira el horizonte,
 Intentan juntos con peñascos fieros
 Cubrir el mar y deshacer el monte:
 Allí quedaron muertos los primeros
 Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,
 Capitanes de naves, que diez años
 Sufriéron sobre Troya eternos daños.

Como el furioso Alcides revolviendo
 El brazo, en que tenia al desdichado
 Licas, al mar le echó con grito horrendo,
 Sin alma por el ayre levantado:
 O como suele, círculos haciendo
 Del cáñamo tejido, en verde prado
 Disparar el pastor, porque se espante,
 Al ganado la piedra resonante;

Así del brazo un Lestrigon despide
 A Doricleo como fácil pluma,
 Que donde el agua túmida divide
 Las ondas penetró con breve espuma:

Con su estatura prócera se mide
 (Porque el valor en el morir presume)
 Dulinto Acayo, y quando mas anhela,
 No llega con la espada á la escarcela.

Pero arrojóle con el pie de suerte,
 Que haciéndole pedazos las costillas,
 Iba tras él círculos la muerte,
 Y le alcanzó del agua en las orillas.
 Las naves de uno y otro encuentro fuerte
 Temblaban de las gabias á las quillas,
 Rechinaba la xarcia, y los extremos
 Mezclaban las antenas y los remos.

Alargado á la mar, sin retirarme
 Mas de lo que bastaba á no perderme,
 Si bien mil veces intenté arrojarle,
 A no venir Penélope á tenerme:
 Mas della y de Telémaco acordarme
 Aun no sé si pudiera detenerme,
 Palamedes bastó, que un grande amigo
 Es el mayor poder para conmigo.

Y mas quando miré, que por las ondas
 Iban algunos bárbaros gigantes,
 Que hasta los centros, que no alcanzan sondas,
 Sepultaban los Griegos naufragantes:
 No así en los rios por las partes hondas,
 Dexan pasar los cuerdos elefantes
 Los pequeños primero, antes que crezcan
 Las aguas con los grandes, y perezcan.

Con griega sangre el vasto mar tenía
 Las algas de la bárbara ribera,
 Los juncos en corales convertía,
 Como si el tronco de Medusa fuera:
 No escupe celestial artillería
 Mas balas de granizo, que la fiera
 Gente peñas al mar, que á la montaña
 Surtiendo el agua los extremos baña.

Así desafiada, con valiente
 Brazo suele tirar piedras, ó barras
 Con aplauso vulgar rústica gente,
 Como ellos peñas, troncos y pizarras:
 El mar sembraban lastimosamente
 Xarcias, baupreses, gúmenas y amarras,
 Escudos, lanzas, armas y vestidos,
 Tiniendo el agua cuerpos divididos.

Qual saca la cabeza medio vivo
 Para cobrar aliento; pero en breve
 Se la sepulta el golpe ejecutivo,
 Y propia sangre entre las ondas bebe.
 Aquí de aliento; ay misero! me privo,
 Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
 Pues ya que de la vida los despojan,
 Para comerlos, á la mar se arrojan.

Y como el fiero armado cocodrilo
 Se arroja de la márgen Egipciana
 Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
 Al apuntar la cándida mañana;
 Entre las ondas por el mismo estilo

Comen y beben carne y sangre humana,
 Haciendo que la mar su freno exceda;
 Como tan llena de los cuerpos queda.

Decirte yo que lágrimas vertía,
 Mirando las tragedias lastimosas;
 Era llegar al término; en que el día
 Rie en jazminés, y amaneco en rosas:
 Dexé aquel mar, y la tristeza mía
 Aumentaba sus ondas procelosas,
 Sintiendo que dexaba con vil guerra
 Lo mejor de mi armada entre agua y tierra:

Dos dias no comí, pero al tercero
 Persuadido de Albante y Clorinaro;
 Venci con el sustento el dolor fiero,
 Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
 Con la bonanza que jamas espero,
 Todo el velamen de las lonas pardo
 Doy al fazonio occidental; y vea
 Que por jardines de cristal paseo.

Trece veces habia el sol vestido
 De luz y claridad el polo opuesto;
 Y tantas por las ondas sumergido
 Con encendido círculo traspuesto:
 Quando el piloto me llevó el oido
 Con voces de la tierra descompuesto;
 Cuyos celages suspirando miro,
 Y quando mas mi patria espero; espiró.

Era parte del Africa, que tienen
 Los Trópicos en medio en dos gigantes

Escollas defendida, que detienen
 Por el Líbico mar los navegantes :
 Los que á Cartago fluctuando vienen,
 Temen su arena y olas arrogantes :
 Sirtes las llaman ; pero en fin perdonan
 Mi nave entre las peñas que coronan.

Hacia el mar unos profundos lagos,
 Recodos de su márgen , y surgimos
 Por ellos con temor de los estragos,
 Que ya por tantas partes padecimos :
 Habitaban allí los Lotofagos ,
 A quien licencia para entrar pedimos :
 Mas quedáronse allí Celio y Penteo,
 Ni volviendo á la nave, ni al deseo.

Yo entónces á morir me determino,
 Que ya la vida, ó Circe, me cansaba,
 Desesperado á la ciudad camino,
 Con arco persa y con pintada aljaba :
 Luego su Rey á recibirme vino,
 Su Rey que Licofronte se llamaba :
 Todos con paz y amor me abrazan, todos
 Me muestran almas de diversos modos.

Mas luego por mis tristes compañeros
 Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
 Depuestos con los mantos los aceros,
 Me los muestran dormidos en la arena.
 No somos, dicen, Lestrigones fieros,
 Que esta tierra que veis fértil y amena,

Produce

Produce la ocasion que sueño infunde,
 Sin que otro daño al huésped le redunde.

Hay un árbol somnífero nacido
 En estos campos fértiles y sotos,
 De hacas como el mirto revestido,
 Negro de ramas, á quien llaman Lotos :
 De tan suave fruto, que comido,
 Quedan los estrangeros tan remotos
 De su memoria, y de su patria ausente,
 Que no vuelven á verla eternamente.

Ninfa dicen que fué, Ninfa Africana
 Aquel árbol primero, que temiendo
 De un feo amante la traicion villana,
 Búístico Apolo, que la fué siguiendo,
 La forma, que primero tuvo, humana
 En su corteza dura convirtiendo,
 Le dió su nombre : y fué de amor tributo,
 Que nazca de un desden tan dulce fruto.

En fin porque mis dulces compañeros
 No comiesen tambien, y se olvidasen,
 Despertando con voces los primeros,
 Eché un bando que todos se embarcasen :
 Temí que las lisonjas, monstruos fieros,
 Mis Griegos detuviessen y engañasen :
 Que no los puede haber de mayor daño,
 Que con dulces palabras dulce engaño.

Con solo el treo salgo poco á poco,
 Y en refrescando el viento doy las velas ;
 Mas luego vuelve enfurecido y loco,

Tomo II.

35

Si en tantos males algun bien recelas :
 ¿Que cielo ofendo? ¿que desidad provoco?
 ¿A quien hicieron daño mis cautelas?
 Que tal persecucion solo seria
 De gran poder, ó gran desdicha mia.

¿Mas quien tan brevemente imaginara,
 Quando parece que mi mal se alivia,
 Que el viento al mar de Italia me arrojava
 Desde la márgen del que baña á Libia?
 Donde el rigor de mi fortuna para,
 Donde imagino que el rigor entibia,
 Hallo vida y desdichas : que mi suerte
 Ya tiene por piedad darne la muerte.

Levántase un espeso torbellino,
 Toldo previene al mar nube tronante,
 Cerrando por las olas el camino
 Con promontorios líquidos delante :
 Pálido trepa hasta la gubia Alcino,
 Suspenso por el cáñamo bramante :
 Amayna, dice, amayna, quando mira
 Que se arana el Orion de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil grumete :
 El cuerpo que aligera asido á un cable :
 No huelga triza, troza, ó chafaldete,
 Todo trabaja en acto miserable :
 Las roxas hayas, que en las ondas mete
 Con firmes pies y con furor notable
 El remero veloz, convierte en pluma,
 Y á costa del sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyo, aunque parezca
 Error de su firmeza dividirme,
 Que no hay con que el furor mas encarezca,
 Que con ver que me alejo de lo firme :
 Ya no hay amarra, ó cuerda que me ofrezca
 Remedio ó fuerza, en que poder asirme :
 Que á la furia del Euro yacen rotas
 Muras, brazas, filácigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada
 La oscura noche tenebrosa y fria,
 Los diamantes, que á veces descuidada
 Con las manos del sol le roba el dia,
 Despierta entre la cándida manada
 Al eco de su rústica armonía,
 Y desatando del redil la puerta,
 La lleva á apacentar por seuda incierta.

Allí le ofrece el prado varias flores,
 Las puras fuentes el cristal deshecho,
 Y escucha de las aves los amores,
 En el duro cayado puesto el pecho :
 No las templadas caxas y stambores,
 Ni del aliento por el bronce estrecha
 El ayre transformado en voz tan viva,
 Que del sosiego, ó del honor le priva.

¿Quanto es mejor con restallar las ondas
 Recoger á la noche las ovejas,
 Que ver por las murallas y las rondas
 Sangrientas muertes, lastimosas quejas?
 Prado es el mar, quando espumosas ondas

Retratan del ganado las guedejas :
Mas no es cabaña una velera nave
Que admite sueño, ni sosiego sabe.

La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya,
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alba las estrellas raya :
Con altas olas tímido rebienta,
Y solo es el morir última playa :
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las xarcias la esperanza yace.

El arrogante mar, nuevo Tifonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una vez del sol Factonte,
De muchas que por él se esconde Apolo
A la luna subió de monte en monte ;
Pero templóle con mirarle solo
Vénus su hija, que con presto vuelo
Baxó á la tierra, serenando el cielo.

CANTO II.

*Prosigue Ulises su relacion con los amores de
Polifemo y Galatea ; y lo que le sucedió
hasta que salió de la Isla.*

REYNA del mar Mediterráneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve :
Aquí por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpetua nieve,
Imágen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.

Por varias sendas, prados y caminos
Corre Aretusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente :
Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachino, Peloro y Lilibeo,
Prisiones del intrépido Tifeo.

Aquí me truxo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago,
A darme mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el Lestrigon y el Lotofugo :
Vénus entónces del rigor me advierte,
Si puede ser ; de mi fatal estrago,

Y con sus rayos fúlgidos me guía,
Hasta la aurora del siguiente día.

Veo una Isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos Pastores pobre gente,
Que hay de Calabria allí breve jornada:
Tiene fácil el puerto, y una fuente
De laureles y Mirtos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
A donde coge flores dexa arenas.

Sin aferrar las áncoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de yedras y raquimos,
Que formaban doseles de los ramos:
A los silvos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos,
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pudo dar alma y voz al viento.

Quando pobre pastor se nos presenta:
A quien pieles de cabras montesinas
El negro-cuerpo adornan, que alimenta
El fruto de las rústicas encinas;
La Griega gente á su consuelo atenta
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedáron de los tiros satisfechas.

Los ciervos traen acuestas los soldados,
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden
Los verdes ramos, que en el fuego echados

Con el humor que lloran, se defienden;
La carne enclavan en los uvas delgados
Que medio asada, envuelta en sangre emprenden,
Y Febo á ser aatorcha del coavite
Sale por las espaldas de Amátrite.

Allí sobre la yerba parecia
Que era lotos la caza que comiéron,
Quando igualando el sol la sombra al día,
Estas palabras sin rigor me oyéron:
No perdamos, ó dulce compañía,
La memoria del mal, que nos truxéron
Tristes hados aquí, ni descuidados
Nos halle en ocio y sueño sepultados.

Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel, si bien entiendo,
Que un breve bien tan fácil os induce
A que olvideis el mal que estais sufriendo:
Agua y sustento este lugar produce,
Mas no para que en él vivais muriendo
Tan léjos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdido habemos.

Entónces Triptolemo, que tenia
Ménos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirvió de guía,
Satisfaciese mi forzoso intento:
El que que la lengua Dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que ana suspensa en su corriente
Dexó tambien de murmurar la fuente.

No soy como pensais, famosos Griegos,
 Pobre pastor, que soy tambien soldado,
 Yo vi la guerra y los Troyanos fuegos,
 A Hector muerto, á Menelao vengado:
 De Policena los humildes ruegos,
 Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,
 De su valor y edad hazanas feas,
 Y fugitivo con su padre á Eneas.

Aquí me truxo vuestra misma estrella
 Arrojado del mar y de un navio,
 Digo á Calabria, porque vivo en ella,
 Siendo Corinto nacimiento mio:
 Mas ha de un lustro, ó Griegos, que por ella
 Llevo al invierno helado, al seco estio,
 El ganado que veis: mirad si puedo
 Con lo que de ella sé ponerlos miedo.

Esa vecina Isla es Siracusa,
 Habitación de Ciclopes gigantes,
 Gente sin ley, República confusa,
 A los fieros Bracones semejantes:
 De las tirrenas ondas circunfusa
 Parece que la cierran tres Atlantes:
 Si bien nadie se atreve á su conquista,
 Que causa espanto, desde léjos vista.

Estos son los ministros de Vulcano,
 Que á Júpiter forjaban en su monte
 Los rayos, por quien hoy Briareo tirano
 Yace en las negras aguas de Aqueronte:
 De la tierra y del cielo soberano,

Dicen, que fuéron hijos Harpes, Bronte,
 Estérope, y Piracmon el desnudo,
 Autor de la celada y del escudo.

Pero de todos estos apartado
 Vive en un alto monte Polifemo,
 Que mirándole no he determinado
 Qual es el monte y de mirarle temo:
 Que puesto que se ve proporcionado,
 La frente mide con su verde extremo,
 Tanto que el monte de árboles se vale
 Sobre las peñas, porque no le iguale.

Pero por mas que crezca, al fin le excede,
 Y es tal la pesadumbre de su exceso,
 Que se queja la mar de que no puede
 Dos montes sustentar de tanto peso:
 No hay yedra que pared de muro enrede,
 Como la barba y el cabello espeso
 El rostro y frente, en quien un ojo solo
 Imita al cielo, miéntas duerme Apolo.

Un peyne tiene, que de juntas cañas
 Hizo para igualarse las guedejas,
 Que á una Ninfa cruel de estas montañas
 Le dice enamorado tiernas quejas:
 Tanto que entre unos lirios y espadañas
 Escuchándole solas sus ovejas,
 Dicen, que al son de su zampona un dia
 Estos rústicos versos le decia.

O mas hermosa y dulce Galatea,
 Que entre las mimbres de la encella helada

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1625 MEXICO, MEXICO

Cándida leche pura de Análtea,
 Que en el cielo formó senda sagrada:
 Mas blanca me pareces, aunque sea
 De tus hermosas manos apretada:
 Que si quieren entrar en competancia,
 De tu parte será la diferencia.

O Ninfa mas hermosa, que á mis ojos
 Las verdes cañas de alcacer que nace,
 Pasados del invierno los enojos,
 Quando esta pura nieve el sol deshace:
 Blanco jazmín entre claveles rojos
 Menos á quien te mira, satisface,
 Que tu boca amorosa, quando iguales
 Muestra la risa perlas y corales.

El mas temprano almendro, el mas florido,
 Preludio de la dulce primavera,
 Entre cándido y nácar dividido
 No iguala, imita tu beldad primera:
 Yo he visto de mastranzos guarnecido
 Este arroyuelo, que la mar espera;
 Mas no tienen olor, aunque pisados,
 Como tus miembros de correr cansados.

Si miro alguna cándida azucena,
 Se me acuerdan tus pies, quando desnudos
 Con breve estampa al campo y á la arena
 No dexau senda de sus pasos mudos:
 Sale una fuente en esta orilla amena,
 Jamas tocada de animales rudos,
 Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
 Me parecen tu risa fugitiva.

Calle la flor azul del verde lino,
 Calle este monte, quando vuelve Apolo
 Su nieve en plata en el ardiente sino,
 Que fué del Griego Alcides triunfo solo:
 Murmure este arroyuelo cristalino
 Del marfil de tus pies Lidio Pactolo:
 Pues que bañando en él mayor tesoro
 Engendras perlas por arenas de oro.

El vuelo vences de la limpia garza,
 Quando baxa el azor, rayo de pluma,
 En el olor la flor de espino y zarza,
 Aunque de Vénus el rosal presuma:
 El palido vallizo y la gamarza
 En vista por Abril, aunque consuma
 Tal vez el trigo, y desde lejos solas
 En sangriento esquadron las amapolas.

Mirto pareces, quando estás sentada,
 O Galatea, en estos verdes llanos,
 Un cedro, ó cinamomo levantada,
 Y rayos de cristal tus blancas manos:
 Abierta en el Otoño la granada
 Descubre aquel ejército de granos;
 Así mostrar á tornosoles sueles
 En tu rostro jazmines y claveles.

O mas sabrosa Ninfa, aunque eres fiero,
 Que dulce miel del liquido rocío,
 Que de los vasos de la blanda cetera
 Se destila al calor del seco estío:
 Mas bella vienes tú de la ribera,

(Quan varia de color, firme de brio) :
 Que el pintado esquadron, quando al Aurora
 Desnuda el campo y los panales dora.

¿Que becerrilla tierna mas lozana
 Retoza en verde prado y hace amores
 A la yerba, saltando tan liviana,
 Que apenas puede lastimar las flores :
 Como te vi pasar una mañana
 Entre aquestos laureles vencedores,
 Cogiendo aqui y alli de estas orillas,
 O ellas á tí las blancas maravillas?

Durmiendo estabas una siesta ardiente
 Al fresco de esta fuente sonora,
 Y en tus mejillas roxas y en tu frente
 Me pareció el sudor rocío en rosa :
 Mas todo aqueste bien turbar consiente
 Tu condicion conmigo rigurosa
 Amando un hombre indigno, amando un mozo,
 Que apenas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo crespa, barba y yerta,
 Como ha de ser en hombres helicosos,
 De la color del sol, quando despierta
 Entre rayos apenas luminosos :
 Pero la boca en ella descubierta,
 Cuyos labios tan gruesos, como hermosos
 Descubren, si te ven, con blanda risa
 Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa.

Mas tú, cruel, que por matarme tienes
 Gusto de amar un jóven delicado,

Con

Con poco honor de tu hermosura, vienes
 A verle por el monte, selva ó prado :
 Con él desde el Aurora te entretienes,
 Pues luego que la mira el sol dorado,
 Dexas el mar, y por decirle amores,
 Desprecias el coral, y pisas flores.

Si yo te quiero hablar, así te enojas,
 Que apenas llevo á verte, quando airada
 Desde la blanca playa al mar te arrojas,
 Dé círculos de plata coronada :
 Pero con ser tan fieras mis congojas,
 Al cortar de las aguas, Ninfa amada,
 Templan la furia á mis zelosas iras
 Las perlas que, arrojándote, me tiras.

Si canta ese rapaz, sutil parece
 Su voz de grillo negro en verde trigo :
 La lira que le adorna y desvanece,
 Sierra en nogal tan desigual conmigo :
 Mi voz los altos montes estremece,
 Y asombra el mar de mi dolor testigo,
 Donde me escuchan, con sus Ninfas bellas,
 Los peces igualmente y las estrellas.

Querer con mi grandeza y hermosura
 Sus partes competir afeminadas,
 Era igualar al sol la sombra oscura,
 Supuesto que de mí jamas te agradas :
 Diga el cristal de aquesta fuente pura,
 Quando estaban las ondas sosegadas,

Tomo II.

36

Si pudiera ser yo con poco aviso
Mas disculpado, que lo fué Narciso.

Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto ciprés, el mayor pino :
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y sacarte del mar, si al mar la inclino :
Qué quando viene el sol del orbe Iadiano,
Primero que á este monte convencino,
Me toca á mí, y al irse al Occidente
Se parte con la sombra de mi frente.

Si me estimaras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, quanto ingrata,
¡Que regalos de mí, que amor tuvieras !
Que vale mas amor que el oro y plata :
¡Que huertas tengo yo, si tú las vieras !
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara las colores.

No léjos de mi cueva se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas sestean, porque es tanta
Que hasta la márgen de la mar asombra :
Tengo la fruta de una verde planta
Que sabe amar, alfóxico se nombra,
Sin hembra no produce, y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.

Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nisperos y servas,
Y ántes que llueva, el pálido membrillo,

Para que dure entre olorosas yerbas :
Mánchase en oro un cándido novillo,
Que si por estos montes le reservas,
Tendrás un toro, que les dé codicia
A las damas de Creta y de Fenicia.

Cogidos en los ásperos hibiernos
Dentro en su cueva tenebrosa y fría
Dos osos tengo que retozan tiernos,
Atados á la puerta de la mia :
Pero mis males, que ya juzgo eternos,
Mis regalos, mis ansias y porfia,
¿Como podrán vencer tantos desdenes,
Quando otro amor entre los brazos tienes ?

Mas conforme parece mi deseo
Con tu valor, que el de pastor ninguno,
Si eres hija de Tétis y Nereo,
Y yo del Rey del mar, del gran Neptuno :
Mas pues tan firme y áspera te veo,
Que no me queda ya remedio alguno,
Yo mataré tu gusto, Galatea,
Aunque te pierda, aunque jamas te vea

Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcaces,
Y dixé yo : ¡que dulce vida es esta,
Quando zelos y amor confirman paces !
Mas pardo gavilan el vuelo apresta,
Abre las puntas corvas y voraces,
Mata el esposo arrullador : y digo :
Lo mismo haré con Acis y contigo.

No fué vana amenaza, pues un día
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reía,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polifemo, que al valle descendía,
Alzó una peña que la mar bañaba:
Acis corrió, mas eran, ¡ triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.

Rompióse por el ayre la gran peña,
Y alcanzóle de tantas una parte:
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienes le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alheña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fué el golpe rígido y violento.

Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fueron sus despojos
Formando arroyos, que el lugar sombrío
Cubrieron de cristales y de enojos:
Porque si no se transformara en río,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fué despues su llanto ausente
Del río aumento, y de sus aguas fuente.

Acis, decia la Nayada hermosa,
Puesto que lloro tu infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte:
Como derriba el sol la fresca rosa,

Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mia
Por forma y por primera accion vivia.

¡ O fiero monstruo! si lo son los zelos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡ O quieran que jamas sus puros velos
Tus verdes prados en Abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de ponzoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas, y de rosas
De adelfa, para tí, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangriento:
Y quando mas esta montaña aombres
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acis, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divierte:
Mas no porque la tuya se divida,
Dexará mi memoria de quererte:
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dexas.

Ya no saldré del mar, como solia
Al regalado son de tus amores,